

JOSÉ ZAPATA *

Profesor del Instituto de Investigaciones Estéticas,
Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia.

Otros rumbos
de
la dramaturgia

* Profesor de Dramaturgia y Dirección de Actores en la carrera de Cine y Televisión de la Universidad Nacional de Colombia, y de los talleres de Video Argumental y Cine Documental en UNITEC. Escritor, realizador y montajista en diferentes géneros, soportes y formatos audiovisuales.

EL personaje deambula por una calle céntrica, casi siempre bastante concurrida; digamos la carrera Séptima de Bogotá a las seis o siete de la noche. Al llegar a la calle 26 sube al Planetario. Siente gran alivio de salirse de la corriente tumultuaria y tener árboles cerca. En las escaleras hay bastante gente, la mayor parte jóvenes, estudiantes, como ella. Espera un momento, luego comienza a abrirse paso. Antes de la puerta echa otra mirada y finalmente entra. Encuentra unas cajas de madera con objetos adentro, encima, colgando: jarras de peltre, cuchillos, muñecas; bastantes como ceniceros de cerámica ordenados de cierta forma; un ¿actor? ¿pintor? ¿bailarín? cuyo cuerpo desnudo, iluminado por una luz cenital, tiene pintadas ciertas figuras, ejecuta entre una estructura metálica unos movimientos similares a los que posiblemente él mismo ejecuta en la imagen que vemos en un televisor.

Piensa que eso le sucede por pensar demasiado en ciertas cosas, por no fijarse. No está seguro si ha entrado a un Salón de Artes Plásticas, a un almacén o a un teatro.

Cada época trae su afán, es tal vez uno de los lugares comunes que más sentido tiene todavía. Este fin de siglo y de milenio no podría ser la excepción. No obstante, vemos que así las formas cambien, las necesidades e intencionalidades son bastante similares. El fin del siglo XIX estuvo poblado de mediums que hacían bailar mesas, modelos que entraban en trance, “budismo de los nobles que usan monóculo y tiran florete...”, teosofismo occidental de las duquesas chifladas... , asquerosas parodias, plagios de los antiguos cultos” según describe JOSÉ A. SILVA en *De Sobremesa*, a los que despide de la siguiente manera: “Dejad que un hijo del siglo, al finalizar de éste, os envuelva en una sola carcajada de desprecio y os escupa en la cara”. Contundente el poeta.

Pero lo oriental, desde una perspectiva del exotismo esnobista, tenía antecedentes: la invasión napoleónica a Egipto causaba también estragos en ciertas élites de la sociedad europea durante la transición del siglo XVIII al XIX. En la misma época, era frecuente enamorarse de bellas adolescentes con las que se hacían pactos suicidas que —desafortunadamente, para el caso de algunos excelentes poetas— por lo general terminaban por cumplirse.

Podríamos continuar hasta hundirnos en el origen de los tiempos, e igualmente encontraríamos manifestaciones similares del síndrome milenarista. En nuestra época pululan, impulsadas, además, por el formidable aparataje mediático. La “nueva era” nos permite observar desde inofensivos *kits* esotéricos hasta sectas de todos los pelambres con sus gurúes hindúes, coreanos, franceses, brasileños o santarrosanos, cuyas alforjas se llenan conforme se acerca —de nuevo— el apocalipsis.

A finales del siglo XIX, en pleno furor de las mesas bailarinas, hace su aparición un artefacto bastante curioso, pues motiva a la gente a salir corriendo.

Pero no se trata de la ametralladora sino del cinematógrafo. Bienaventurados aquellos espectadores que podían huír tanto de las balas como de cierto tipo de imágenes. Hoy día, sobre todo en Colombia, es difícil hacerlo de cualquiera de las dos.

A partir de ese momento se ha dado la revolución perceptual más vertiginosa de la especie humana. La irrupción de la máquina en el terreno de la representación cambió de manera drástica la forma de ver el mundo, ya no metafórica sino literalmente. Aquellos efectos que alcanzó a dilucidar Walter Benjamin han extendido su desarrollo e influencia a todos los lenguajes. Por el terreno desbrozado, entre otros, por Darwin, Freud, Marx y Nietzsche, los simbolistas e impresionistas, o Lumière y Meliès, han transitado las obras de los principales pensadores y artistas del siglo xx “cambalache, problemático y febril”, según la lúcida descripción de Discépolo. Sin la flexibilización de los conceptos de tiempo y espacio producida por el montaje cinematográfico es difícil imaginar el futurismo, el surrealismo, el expresionismo, el expresionismo abstracto, el teatro del absurdo, el *action painting*, la escritura de Joyce, Lezama o Duras, o, por supuesto, el postmodernismo.

Esto desde el punto de vista del concepto. En la técnica, la aparición de la transmisión televisiva en la primera postguerra, del video en la segunda, y del multimedios en soporte digital durante la postguerra fría, completan el panorama de la representación durante este siglo ya moribundo y nos sitúan en la encrucijada de sus fenómenos contemporáneos.

Una de sus características principales podemos situarla en la permanente tendencia a la disolución de los límites: entre las épocas, los lenguajes, los géneros, los estilos, las técnicas o, incluso, las intencionalidades. Los mismos límites de la representación son puestos en duda: ¿cuáles son — o deben ser — sus relaciones con la realidad? ¿Debe fundirse con ella?

Cada época trae su afán, decíamos, y puede añadirse que cada generación se siente con la necesidad de poner al mundo en átomos volando y, si queda tiempo, reinventarlo; si no, le tocará a la siguiente. El intento de la posmodernidad de hacer saltar todo por los aires — incluso la representación misma — es estimulante y legítimo pero, dados los tiempos que corren, también es legítimo preguntarse si no es partícipe, e incluso producto del síndrome milenarista.

El papel de la vanguardia, de la experimentación, en suma de la exploración, siempre ha sido encontrar y señalar nuevos rumbos. Cuando una vía se agota, las sociedades comisionan a algunos de sus miembros para que sirvan de avanzada con el fin de poder continuar su periplo vital. Su carácter es más constructivo que destructivo, es preparar el terreno para la satisfacción de una necesidad básica que colabore en la supervivencia. En la eterna dialéctica entre el caos y el cosmos, la exploración es un impulso de aquel a éste.

En tal sentido, cabe preguntarse cuáles son los nuevos rumbos, las nuevas vías que está recorriendo y sugiriendo a la sociedad la mayoría de tendencias postmodernistas; qué quedará cuando cese el jaleo del presunto apocalipsis y se aplaque el polvo de los escombros; o si, como todo indica, se trata del enésimo descubrimiento del agua tibia, cuáles serán las repercusiones en el próximo siglo para sus obras y su relación con el imaginario individual y colectivo.

En el terreno de la representación dramática, aquella que es considerada en el planteamiento clásico de Aristóteles como la que presenta a los personajes imitados obrando y en acción, los retos presentes y futuros son numerosos, así como para el conjunto de conceptos, técnicas y procedimientos que permiten su construcción, la dramaturgia.

Si hasta la aparición del cinematógrafo tal oficio estaba por completo circunscrito al teatro — más aún, a su escritura — ¿por qué un siglo después este concepto permanece prácticamente idéntico? La construcción de la acción o dramaturgia audiovisual debe plantearse las particularidades de la transición del espacio escénico teatral al audiovisual, a partir de los diferentes géneros, soportes y formatos que éste utiliza. Debe preguntarse, por ejemplo, qué sobrevive y qué no de las premisas clásicas de la dramaturgia planteadas por Aristóteles; cuáles son las similitudes y diferencias entre la dramaturgia de un documental o un argumental; si expresiones como el videoarte o el videoclip están por fuera de los cánones del modelo clásico de dramaturgia o si debe dinamitarse el edificio aristotélico; cuáles son las características de la dramaturgia del multimedios; o cómo ha influido todo esto en el — en apariencia — vetusto cine, origen de este mare mágnum.

Pienso que el principal reto de la dramaturgia es, justamente, ponerse al día respecto de los lenguajes audiovisuales y de la avalancha de imágenes de este tipo que a diario se nos viene encima y que amenaza con sepultar la capacidad humana de pensar y sumirnos en el dulce reino de la alienación. Su mayor contribución puede estar en brindar herramientas de todo nivel tanto a los espectadores como a los hacedores para la deconstrucción e interpretación de los elementos que las conforman y del entorno que las hace posible, su universo connotativo.

El personaje continúa deambulando. ¿Dónde estoy? ¿Jardín, discoteca, laboratorio clínico, sala de torturas, salón de clase, estudio de televisión? Es demasiado. Sale a tomar aire. La ciudad, la ciudad de Bogotá, la recibe con los brazos, las piernas, las mandíbulas abiertas. ¿Dónde estoy? Plaza de toros, cámara de gas, burdel, sanitario, selva, templo? Los carros y las motos van por los andenes y los peatones por las calles. ¿Dónde estoy? La realidad tampoco ayuda mucho.